

SABINE R. ULIBARRI¹

SE FUE POR CLAVOS

Estaba Roberto martillando en el portal, clava que clava. Rezonga que rezonga. Sentía una honda inquietud. Ganas de salir a andar por esos mundos otra vez. Ya hacía mucho que había levantado ancla. Ya era hora de soltar chancla.

Roberto había estado en la marina durante la guerra y había recorrido mucho mundo. Después de la guerra no podía echar raíces en ninguna parte. Parecía que sus aventuras y experiencias por el planeta lo habían dejado con un ansia constante de nuevos horizontes. Después de muchas andanzas por fin volvió a Tierra Amarilla. Creo que la falta de fondos influyó más que el sentimiento en su regreso.

Todos nosotros encantados con el hermano errante. Él con sus risas, chistes, bromas y sus cuentos de tierras lejanas y gentes extrañas nos divertía y entretenía. Vivía con mi hermana Carmen y su esposo.

Los martillazos se ponían cada vez más violentos. Las murmuraciones aumentaban. El desasosiego crecía. De pronto, silencio. El martillo se quedó suspenso en el aire. Él pensativo. Luego, bajó de la escalera, alzó la herramienta, se quitó los guantes y los alzó con cuidado y se presentó en la puerta.

¹ Destacado catedrático de la Universidad de Nuevo México, poeta, ensayista, escritor, investigador, conferencista y promotor cultural, fue una de las figuras hispanounidenses más destacadas (1919-2003).

El presente relato integra *Mi abuela fumaba puros y otros cuentos de Tierra Amarilla / My Grandma Somoked Cigars and Other Stories of Tierra Amarilla* (1977). <http://yosoyjazmynmontano.weebly.com/sabine-r-ulibarrigrave.html>; https://en.wikipedia.org/wiki/Sabine_Ulibarrí

—Carmen, se me acabaron los clavos. Voy al pueblo a traer. Pronto vuelvo.

—Bueno, hermanito. Le dices a Eduardo que traiga carne para la cena.

Caminaba despacio. Iba pensando que tenía que salir de allí. ¿Pero cómo? Le daba pena pedirle dinero a su cuñado. Él nunca pedía dinero a nadie. Cuando tenía lo prestaba al que se lo pidiera.

Compró los clavos en la tienda de don Gorgonio y entró en el café a ver si se distraía. Allí encontró a Horacio.

—¿Qué hay, Roberto?

—Así nomás.

—¿Qué estás haciendo hoy?

—Nada, como ayer.

—¿Por qué no vas conmigo a Española? Tengo que ir a traer un motor para el tractor. Volvemos esta misma tarde. Y a propósito, aquí están los diez que te debo.

—Bueno, vamos. A ver qué vientos nos dan.

Roberto le entregó los clavos a Félix y le dijo que al regreso los recogería. El billete de a diez le daba una extraña sensación de seguridad. Casi, casi lo podía sentir vibrar en el bolsillo. Hacía tanto tiempo. Se preguntaba, “¿Me lanzo con sólo diez? Otras veces he salido sin nada.” Estas cavilaciones le embargaban el pensamiento y lo mantuvieron un poco más reservado que de costumbre durante el viaje a Española.

Horacio y Roberto entraron en una cantina a echarse una cerveza. Allí estaba Facundo Martínez.

—Roberto, qué gusto de verte. Qué bueno que vinieras. Ahora te pago lo que te debo.

—¿Qué hubo, compañero?

—Te debo sesenta y tres dólares, pero te voy a dar setenta y tres por haber esperado tanto.

—Debería decirte que no, pero en este momento los setenta y tres me caen como del cielo.

Otra vez las ansias. Los ochenta y tres le quemaban el bolsillo. Pero no, tenía que terminar el portal. Tal vez después.

Roberto entró en mi casa en Albuquerque como siempre entraba, como un terremoto. Abrazos, dichos, risotadas.

—Qué bien que hayas venido, Roberto. Me acaban de pagar el último plazo por el terreno de Las Nutrias que vendimos. Aquí tengo tu parte.

—¡Lindo, hermano, lindo! Qué venga la plata, que yo sabré qué hacer con ella. Se despidió de nosotros con prisa, porque, dijo, tenía que terminar un portal.

Hubo quien preguntara por Roberto a Carmen. Ella les contestaba, “Se fue por clavos.”

Roberto volvió ya oscuro. Entró en la casa con el barullo de siempre. Bailando con Carmen. Luchando con Eduardo. Dulces y besos para los niños.

—Carmen, aquí están los clavos.

—Sin vergüenza, ¿por qué te tardaste tanto?

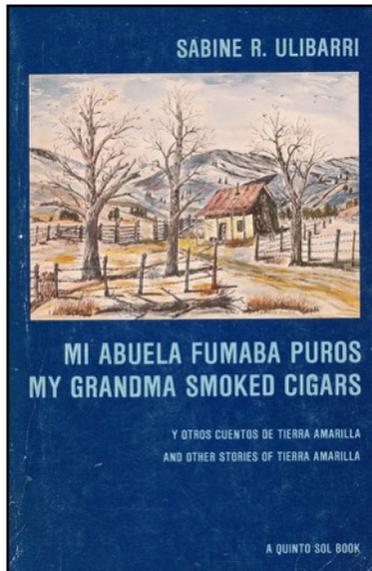
—Hermanita, me entretuve un rato con los amigos.

—Entretenerse un rato está bien. Todos lo hacen, pero nadie como tú. Si me fío de ti se cae el portal.

—Hermanita, no es para tanto.

—¡Qué hermanita, ni qué hermanita! Te fuiste por clavos y volviste después de cuatro años. ¿Te parece poco?

Ahora, en la familia, cuando alguien pregunta por Roberto, todos decimos, “Se fue por clavos.”



Portada de la primera edición bilingüe (Berkeley, CA: Quinto Sol, 1977) ilustrada por el artista Edward Gonzales (<https://edwardgonzales.com/?keyvalue=50374&page=ArchivedWorks>).